

# Brunequilda y Fredegunda

## Tita Valencia



A Juan José

Tu m'appelles la Rose  
dit la Rose  
mais si tu savais  
mon vrai nom  
je m'effeuillerais  
aussitôt

PAUL CLAUDEL

I  
El circo se fue disintegrando en el camino de los pueblos y los años. Todos se alegraron, por ejemplo, cuando una viuda aldeana cerró sus diminutas fauces sobre el corazón del domador de leones, y hubo que abandonar sus restos a las garras del gorrión. Se alegraron menos cuando al cruzar un lago sobre un puente precario, las dos focas amaestradas rompieron de un aletazo los barrotes simbólicos del carrito rojo, y en limpiísima pirueta se echaron al agua, llevándose en la punta de la nariz su pelota de colores. Siguió la soberana payasada con el apropiado par de chanclones de hule, gorgueras rojo y blanco, sombrero de pluma y sonrisa pintada al infinito: Simón anunció que se subiría para siempre a una columna perdida en el desierto. (Treinta años después seguía haciendo reír desde arriba a un extático público de zopilotes.) En un exceso de domesticidad, y a los acordes clave de "Sobre las Olas", el único elefante quiso celebrar el sexagésimo cumpleaños de su dueño sentándose a la mesa: con las velitas apagó la vida del señor. Pero lo verdaderamente milagroso fue el vuelo de la mamá de Fredegunda, que llevó su virtuosismo a extremos cósmicos en una noche de gala. La trapecionista contorsionó su cuerpo resplandeciente de lamé plateado y pedrería: por un instante el público invirtió elementos y espacios, convencido de que asistía al espectáculo de un mar superior en el que un pez luminoso trazaba geometrías. Con el obligado trémolo de tambores y nota suspendida en el clarín, el pez recuperó su condición de ave, el ave su condición humana y el ser su condición de ángel. En un salto mortal de ascenso relampagueante, dos alas rasgaron la lona en corte perfecto. El vuelo vertical, ornamentado de giros, volutas y cabriolas, cayó de pie en la luna. La luz lechosa del único reflector se dio por vencida a medio camino. Clarinista y tamborero remataron con cadencia de tres tiempos la serie de lejanas reverencias. El público aplaudió a rabiar.

No así cuando la carpa misma emprendió una experiencia de levitación a cargo del enano tragafuegos Childerico. Durante toda la noche la gente contempló desde las azoteas una flota de naves de hollín con deducible timón de brasas. Ampliamente desplegado el velamen de llamaradas, derivó por la calma chicha del cielo al sur de las reencarnaciones.

II  
En las afueras del último pueblo, más cerca de las minas de hierro que de la plaza, se instaló la familia residual del circo. Los vecinos nunca se explicaron por qué don Clodoveo había abarratado la derruida caballeriza de inútiles menesteres cirqueros, instalando al caballo en el cuarto más amplio de la casucha, mientras que la abuela, Fredegunda y el enano Childerico, se apilaban en la pequeña habitación del frente. Se cansaron de ofrecerle lugar para el corcel en sus establos, se cansaron de escuchar historias sobre sus actuaciones de insigne bailarín y matemático. Poco a poco los

grupos de mineros que cambiaban turno al amanecer dejaron de reír viendo a don Clodoveo y su animal cuya frente lucía la primera rosa de la mañana, pasear largamente estrellando los últimos cristales de la sombra por la ladera, siempre uno al lado del otro, como si el hombre hubiera temido profanar un lomo hecho sólo para los leves pies de las amazonas suicidas.

¿Cómo dice que se llama?

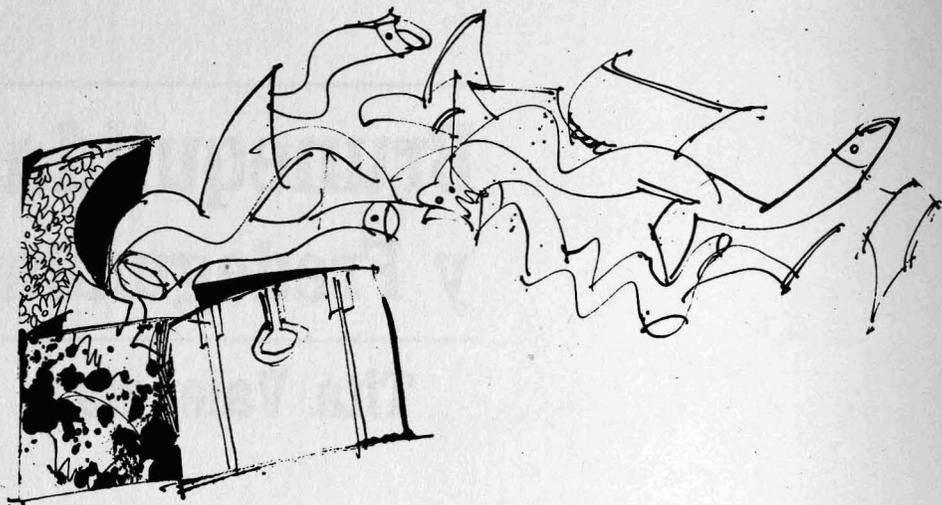
No se llama. Todavía no encuentro un nombre lo suficientemente bonito para él. (Don Clodoveo creía en la infinitud de lo innombrable.)

Los primeros meses vivieron de las subastas en día de plaza: trapecios, kilómetros de cuerdas con todas las posibilidades de meridianos, paralelos y coordenadas del éxito; arcos y bolos multicolores, escaleras de plata, redes de oro, catatúas amaestradas, jaulas de todos tamaños habitadas por el espectro bienhechor del animal desaparecido, arneses bordados de elefante y pulga, bastones mágicos, resbaladillas plegadizas, subibajas en cápsulas de vidrio y monociclos para osos. Los lugareños no compraban el objeto en sí, compraban el amuleto y sus funciones hechiceras. Indígenas que acudieron de rancherías lejanas a vender tres pollos y un costal de maíz los cambiaban a ojos cerrados por la silla de Abdulá, emperador de los equilibristas en cuerda floja y protector de los que viven al borde de precipicios reales o metafísicos. Pero ni los haberes de la caballeriza que alimentaba las subastas eran inagotables, ni la fe de los compradores. Don Clodoveo alcanzó apenas a reunir lo necesario para instalar una pequeña herrería, regalarle una Singer nueva a la abuela, y cubrir la colegiatura de Fredegunda.

III

Pelo crespo, piel de cebolla, ojos de hierbas caleidoscópicas y halo turbador de huérfana lunar, Fredegunda aprendió en la escuela todas las artes del dominio práctico, abiertas y subrepticias. Ante un público que no pasaba de los doce años, erigió un primer lugar de consistencia estatutaria a base de reglas de tres, cimientos mesozoicos, adulaciones cívicas, oasis inventados para la árida geografía y excesos históricos. Pero no se limitó a los terrenos obvios: especuló con la venta de acordeones y controló el mercado negro de falsificación de notas mensuales. Creó un sistema sordomudo para soplar durante los exámenes, cuyo peso en moneda y riesgos recaía, según las cláusulas pertinentes, sobre los beneficiados.

En una esquina del patio de recreo, al abrigo limonero de toda agresión futbolística, instaló un alquiler de mayates tornasolados con la patita atada a un hilo a manera de rehiletes vivos y cocuyos en botellas "para pasar la noche". La demanda masculina de arañas de todos tamaños la obligó a surtir pedidos de airados terciopelos de ocho patas, aprisionados, con todo y su rincón crepuscular, en cucuruchos de papel. Cualquier accidente acaecido a los mismos,



parcial o total era cobrado en impecables porcentajes. La moneda de pago desbordó los límites previstos y Fredegunda poseyó pronto—además de una cotidiana ración de barquillos de limón y veintes de pingüicas a la salida de clases—, un arsenal de muestras mineras, hematitas roja, imanes, hierro azuloso, antimonio, celestes pedazos de cuarzo caídos en el solsticio de primavera, trastecillos de los más diversos juegos de té, muñecos inválidos, cajas vacías y espejos rotos.

Mirada directa y labios apretados, la hija del boticario se acercó una mañana al limonero bajo el que Fredegunda exponía su tornasolada mercancía. El dorado fluido del recreo se solidificó en estupefacta pepita de oro y los niños, convertidos en estatuas de sal, presenciaron la lentitud aplicada con que la intrusa aplastaba con el pie, uno a uno, los mayates. Sólo se oía el ruidillo, más imaginario que real, de las breves explosiones. (La viscosa mancha póstuma, inexplicablemente, carecía de calidades arcoiris.) Concluido el meticuloso crimen y brincoteando sobre el pie izquierdo, la niña procedió a limpiar su zapato derecho frotándolo contra el tronco del limonero. Llovían azahares.

Las gotas de sudor surcaban el rostro de Fredegunda, resbalando por sienes y cejas, por sombras y declives. Su visión naufragó en temblorosas multiplicidades.

- ¿Por qué lo hiciste?
- Porque me dio la gana.
- ¿Pero y tú quién eres?
- Qué te importa.

Fredegunda se encogió de hombros.  
—Me llamo Brunequilda.

Con un rápido movimiento Fredegunda se limpió los ojos. La imagen se aclaró, desmedrada y azulosa en la sombra del cenit como eucalipto joven. Proporcionalmente pequeña, la cara enemiga tenía la inmensidad de los animaluchos que producen miedo, dorados ojos de serpiente, vivacidad roedora.

- ¿Brune... qué?
- Lo que oíste.
- ¿Qué nombre!
- Mira quién lo dice.

Fredegunda volvió a forzar una sonrisa. Un nudo iracundo y jocosos se apretaba y se deshacía en su interior de géminis contradictorios. Una pirueta, un gesto, y la risa mercurial venció a la tensión. A la primera carcajada respondió un eco anónimo al fondo del patio, tímido pero incondicional, devolviéndole el cetro a Fradegunda. Supo que estaban con ella, y que ella estaba en el meridiano pedestal de la superioridad irrevocable. Su nueva risa fue la entrada del coro, fue la nota generadora de los infinitos armónicos de la algarabía liberada, desmedida, iridiscente, arrolladora.

—Brunequilda, ven a jugar esta tarde a mi casa. ¿Quieres?  
Fredegunda chapoteaba en un estanque de risas quebradas.

#### IV

La abuela les abrió aquella misma tarde el gran baúl verde que contenía su tesoro de costureracircense. Fredegunda y Brunequilda se encerraron en el pequeño cuarto para hurgar sus secretos, pirateando el contenido a la densa luz naranja que entraba por la ventana.

Sus gritos despertaron al enano Childerico hundido en el pesebre del caballo. Incorporándose, buscó la conocida fisura en la pared de madera, y al asomarse por el corte de rayo estático pasó de un sueño a otro sueño: en el interior de una inmensa fragua se desnudaban dos embriones de salamandra. La pulpa rosácea de sus cuerpos, apenas más oscura, menos sublimada que el fuego, reverberaba en el núcleo de la luz como un doble centro de atracción, como una doble alma magnética. Por momentos salían parcialmente de su campo visual y era un solo brazo, tres piernas, dos torsos sin continuidad, nerviosos como reptiles áureos. Cada miembro dotado de una fulgurante vida propia.

- ¿Me pasas las medias azules?
- ¡Yo pido las mallas de chaquirá!

El enano tragafuego murmuraba azorado por la fisura imperceptible:

—Fredegunda, Fredegunda, yo me acuerdo de cuando naciste. ¿Qué ha pasado?

Empezaron a sucederse los eclipses solares en que, al acercarse demasiado, una espalda lo sumía en las tinieblas.

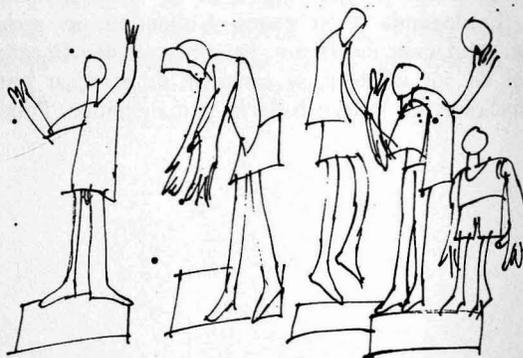
—¿Qué ha pasado?

Capas plateadas volaban por el aire, corbatas de flores, chalecos de fantasía. Los cuerpos infantiles al rojo blanco desaparecían entre la profusión de telas para emerger engalanados de lentejuelas centelleantes, escotes de pedrería desproporcionada para los senos vacíos, diademas de mariposas, faldillas de hojas otoñales, olanes lacustres.

—Fredegunda, pasaste tus primeros años en calidad de ratón de circo, haciendo tu nido en los rollos de cuerda, comiendo restos de golosinas por el suelo inmundos al terminar la función, y almacenando cosas diminutas debajo de los asientos de la camioneta del vestuario. ¿Ya no te acuerdas? ¿Qué ha pasado?

Con voz impostada, Fredegunda se puso a declamar mientras se quitaba el atuendo de payaso:

—Al intermedio cómico... al intermedio cómico sucede un acto de suspenso. ¡Señoras y señores, un impresionante, un es-pe-luz-nan-te número a cargo de nuestros dos tigres de Bengala!





Enarbolando escudos a rayas negras y amarillas, las niñas saltaron una sobre otra hasta rodar por el suelo deshaciendo a zarpazos las hebras de estambre dorado de sus melenas postizas. Las risas alcanzaron de pronto una estridencia tensa, cercana al desquiciamiento.

—¡Brunequilda! ¡Brunequilda, suéltame, se me ocurre otro juego mucho más bonito! ¡Suéltame! ¡Me rindo, me rindo!

—¿Qué ha pasado, Fredegunda? ¿Qué te propones?

Por lo pronto se propuso darle al odio su más alta jerarquía. La fragua se había apagado y en la penumbra lilácea el enano tragafuego apenas distinguía dos siluetas coronadas.

Brunequilda y Fredegunda se declararon enemigas mortales, y con la mutua amenaza de involucrar en una guerra sin cuartel a sus maridos reyes y a sus fieles súbditos, aplazaron el juego para la tarde del día siguiente.

## V

(Es la madrugada. Childerico gime en su rincón y el gemido lo despierta. Una asfixia rancia, maloliente, le agarrota la garganta. Oye distintamente las respiraciones leves de la abuela y Fredegunda. El ronquido monótono de Clodoveo. Sabe que falta un sonido esencial, pero su discernimiento, apenas anunciado, divaga y se pierde. Sueña entonces que el caballo fantasma de Clodoveo, luciendo en la frente la primera rosa de la mañana, lo visita en la herrería. A punto de herrarlo, el enano descubre que es un caballo de mentiras que el fotógrafo de la feria dominical le ha llevado malignamente. Furioso, lo abate a martillazos y arroja sus miembros de cartón al horno crepitante que los recibe en la voracidad múltiple de sus lenguas. Pero no es verdad, el caballo no se ha convertido en ceniza; su blancura resucita de la muerte transitoria, se reintegra. Y su estatura mítica rompe las paredes candentes de la fragua. Renace piafando y ¿no es un ojo tuerto lo que oculta la rosa de su frente? Se precipita sobre Childerico mientras la voz de Clodoveo recita: "pues las ocho especies de minerales provinieron de sus miembros: el oro, la plata, el bronce, el estaño, el hierro, el plomo, el mercurio y el diamante; y el oro, dada su perfección, salió de su vida misma y de su semen".

—Estaba soñando en mis bodas. . .

El enano despierta gimiendo. Vuelve a resentir quemaduras desconocidas en la garganta y a escuchar las respiraciones leves de la abuela y Fredegunda. Y el ronquido monótono de Clodoveo.

—Algún día. Algún día. . .

Y amanece.)

## VI

—Don Clodoveo —le dice el enano tragafuegos Childerico al viejo que golpea el yunque con el amor con que se golpea a una mujer que le ha dado a uno muchos y hermosos hijos de hierro—. Don

Clodoveo, no está bien que Fredegunda y Brunequilda se pasen la vida encerradas. Necesitan respirar aire puro. Déjeme llevarlas a jugar al monte por lo menos una vez por semana, ahora que ya pasaron las lluvias. ¿No le parece?

—¿Qué pasó con ese fuelle? ¿Sopla o no sopla?

Las diminutas piernas del enano se atenazan al suelo irregular para soportar el ejercicio titánico que le impone el fuelle. Respira y expita el aire candente en un triple pulmón rítmico.

—¿Entonces, don Clodoveo? Hasta podríamos llevarnos al caballo para que también se divierta un poco.

Don Clodoveo no contesta, absorto en la forja de una cadena. Sin embargo días después declara durante la comida que la tarde está como para un paseo por el monte, y hace responsable al enano tragafuegos del caballo, más que de las niñas.

—Que nadie lo monte. Porque sólo sabe bailar y fuera de la pista se desboca.

Las niñas se preparan como para un viaje sin retorno. Llevan provisiones de dulces y frutas ácidas, refrescos, libros. Brunequilda roba de la botica paterna un frasco grande de mercurio cromo, vendas y tela adhesiva para los accidentes del camino. Por su parte, Fredegunda insiste en llevar los disfraces de reina, dos muñecos de trapo para maridos reyes y una pala sin mango para edificar las fortalezas enemigas. A pesar de la carga preceden a Childerico y al caballo en la escensión. Pero unos arbustos cuajados de flores amarillas las detienen. Tejen un collar para el caballo. Luego recuperan el tiempo perdido. Y un pirul, ¿a ver quién gana primero el follaje! Bajan con las manos negras y pegajosas de resina y diminutas esferas rojas enredadas en los cabellos.

Cerca de la cumbre descubren el viejo tiro de la mina que cancelan unas gruesas vigas a metros de profundidad. Pero esos metros de sombra bastan. Esculpidos ya como los muros interiores de un castillo, con una intención de verticalidad en la base pero decidiéndose en lo alto por la bóveda. Rudamente insinuada, lisa en ciertos tramos, la superficie, rica en grises plomisos, vítreos, plúmbagos y ultramarino, parecen esperar solamente decreto de propiedad real. Una suave euforia musgosa se insinúa en los corazones hirsutos de las niñas.

Esa primera tarde transcurre en la actividad febril de la escenografía. Brunequilda y Fredegunda distribuyen rápidamente espacios, deslindan, establecen fronteras. Teniendo las vigas del fondo como límite, determinan una estrecha franja comunal o zona libre que haga las veces de bodega, vestidor, sala de consejo y enfermería.

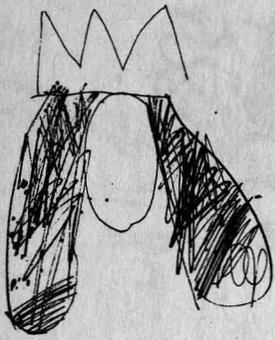
—La abuela nos hace una cortina para separarla de los castillos.

Y luego:

—Necesitamos espejos.

Brunequilda sueña con un foso:

—Y una cubeta para acarrear agua.



Cuando el enano tragafuegos va a llamarlas al anochecer para el retorno a casa, vislumbra uno frente a otro dos curiosos tronos piramidales. Los maridos reyes de trapo asientan su lánguida soberanía sobre las líneas divisorias de la penumbra.

—Allí los dejamos para que cuiden los castillos.

## VII

(El alma del enano madura en las tinieblas telúricas. Con ojos desorbitados asiste a la eclosión de ese pequeño núcleo germinal pronto a convertirse en rosa de fuego. Los calores de un parto íntimo lo transportan a epifanías meteorológicas. Cada célula es revelación.

Sale de sí mismo. Corre. Se precipita grotescamente alado por las huellas del caballo. Ríe en busca de ecos interiores, rueda por la pendiente pedregosa; con los ojos cerrados abraza un árbol hasta el orgasmo. Cuando al fin se tiende en la tierra a descansar, ve cómo el cielo, ese cielo que había bajado con la cautela de un animal montaraz a lamer las hondonadas del abrevadero terrestre, a llenarse las fauces de pastos, humus, metales y flores dormidas, ese cielo al alcance de la caricia, asciende tumultuosamente, huye hacia sí mismo, iracundo como un dios sorprendido en flagrante delito de mansedumbre.

Sólo el caballo, sin rosa ya, lo acompaña.)

## VIII

Inconmovibles en sus tronos piramidales, los muñecos maridos reyes ostentan las crueles insignias de una guerra y un poder absolutos. La misma tela adhesiva que cubre media cabeza del señor de Fredegunda impidiéndole un desangramiento de aserrín sirve para frenar la ingle izquierda del señor de Brunequilda, mientras sostiene con disimulo las piedras preciosas de las coronas y los cetros de hojalata. Tienen los pechos cubiertos de distintivos de equipos de fútbol y prendedores de a peso comprados a la salida de la iglesia los domingos. A sus pies totémicos se marchitan, en los diferentes niveles del trono, jardines colgantes de flores silvestres amarillas, blancas, lilas. Un cabo de vela pone su ardiente nota votiva ante cada señor.

Pero las verdaderas batallas quedan circunscritas al terreno matriarcal. Los vestidos de reina están desgarrados y el arsenal de mercurio cromo ha servido no pocas veces para aliviar auténticas contusiones. Brunequilda abarrota la enfermería con sustancias e instrumentos de dudosa aplicación. Todos sustraídos de la farmacia paterna: jarabes para la tos, violeta de genciana, linimento de Sloan, barbitúricos, jeringas, alcohol y éter "para que las mariposas mueran sin sentirlo" y adornen luego las paredes. (Los reyes se pudren a fuerza de inyecciones, porque sus devotas cónyuges combaten radicalmente su impotencia y sus desmayos.)

Por su parte Fredegunda es autora de las banderas de satén y

diamantina azul turquesa y malva que marcan la línea fronteriza del recinto. En cuanto al vestuario, incluye prácticamente todo el baúl verde de la abuela.

\*

Octubre, cielo índigo, evaporación de óxidos por la periferia del otoño.

Esa tarde Brunequilda le prometió a Fredegunda una sorpresa sin precedentes, que por ningún motivo quería que escuchara el tragafuegos Childerico. Pero el enano, astrólogo de rubores femeninos, presintió un punto vernal y se prometió a sí mismo no alejarse del tiro de la mina.

A cubierto en la guarida y deshaciendo el hato que llevaba, chilló Brunequilda:

—Mira, mira: lápiz de cejas, rimmel, polvo, dos borlas, colorete y tubos de bilé. ¿Te gusta este rojo o el bugambilia? Mi tía Clara prefiere el rojo. ¡Ah, y brillantina para el pelo!

—¡Pero si tenemos pelucas!

—De veras. Bueno, yo pido la blanca. Que era yo una reina anciana y estaba a punto de cederle el trono a mi hijo.

—¿Y cómo nos quitamos después las pinturas? La abuela me mata.

—Con agua. Mira.

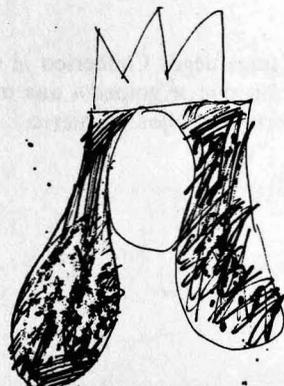
Brunequilda mostró un estuche con tres jabones de Myrurgia. No había espejo que bastara para la meticulosa pasión con que dibujaron en sus rostros de salamandras vírgenes las facciones de una experiencia desconocida. El enano asistía desde un matorral a su transformación, sonriendo ante la imposibilidad de enmascarar la infancia: la pintura no parecía adherirse ni integrarse a la epidermis; era menos que una calcomanía, menos que la membrana de barniz chillante que la acetona quita de las uñas sin dejar huella.

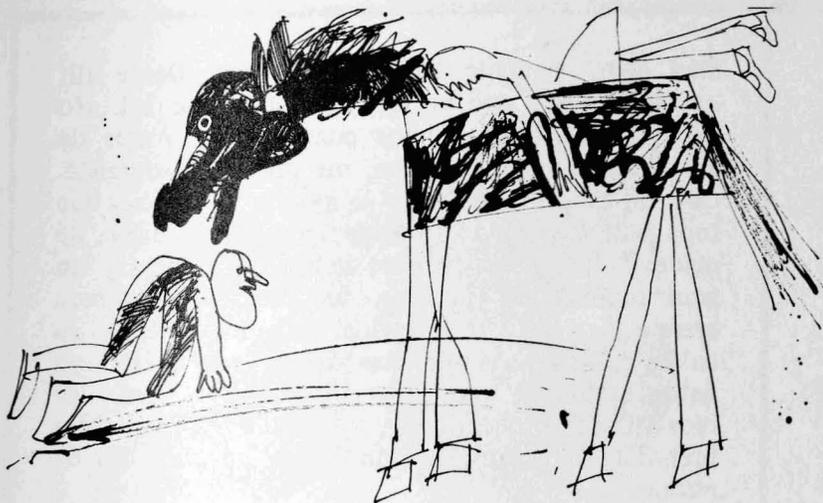
Vestidas de reinas harapientas, sobre las pelucas se colocaron las coronas. Terminado el atuendo, se miraron con ojos nuevos, con esa larga inspección que es a la vez inventario, juicio y sentencia. Ninguna de las dos sonrió.

—¿Decías que eras una reina anciana que le va a ceder el trono a su hijo?

—Claro que soy una reina de setenta años, ¿no ves mi pelo blanco? Pero no le cedo mi trono a nadie. Estás inventando. Además no tengo ningún hijo.

—Dijiste antes.





- No seas tonta. Ni modo que mi hijo sea el enano.  
 —Ya quisieras, estúpida.  
 —Bueno, vamos a jugar ¿sí o no? Ya perdimos kilos de tiempo.

\*  
 El campo de batalla está fuera de la entrada de la mina y abarca el mundo. Al mundo rugoso que puede cubrir la ira, sin tener en cuenta el declive topográfico del monte, la miseria recortada del pueblo y los campos yermos que antes de ser arena mansa son pantanos. En lo alto, los pájaros trazan de meridiano a meridiano la geometría ritual de las horas y las estaciones, y sus giros corresponden con exactitud a la posición solar, y sus chillidos obtienen en la bóveda un impecable fenómeno acústico multiplicado en paredes invisibles. Nada es casual.

Como no lo es la lucha cuerpo a cuerpo de las reinas. Desde un árbol Childerico ve rodar las coronas. Perapetado tras una roca, ve huir a Brunequilda después de haberle arañado la cara a Fredegunda. Escondido en un matorral, entre risas agudas y ráfagas de perfumes, ve salir a Brunequilda del castillo, desplumando agresivamente al muñeco marido rey enemigo y gritando: “¿Por qué no lo mandamos a la luna con tu mamá?” Una pedrada la alcanza en la frente y cae lanzando un grito. Childerico se precipita fuera de su escondrijo.

Tras él, avanzando con lentitud real, llega Fredegunda como desde otro mundo del conocimiento y la decisión.

—Ya sé. Ya sé qué podemos hacer. Espérame —y se dirige al tiro de la mina.

El enano murmura mil improperios mientras sacude suavemente a Brunequilda para despertarla y limpia sangre en la frente y la peluca blanca.

—¡Por qué demonios han de pelearse siempre! Como perros. ¡Por el amor de Dios! La enojada que se va a dar don Clodoveo. En la vida nos vuelve a dejar venir. Y el responsable soy yo. ¡Dios, el señor boticario! ¡Maldita sea!

—Déjame dice fríamente Fredegunda al volver con un frasco. De rodillas junto a Brunequilda le oprime la nariz con un algodón empapado. Brunequilda se estremece y trata de liberarse en sueños. Gime y se abandona.

—¿Qué es eso?

—Alcohol, pata que vuelva en sí.

Con la palma de la mano izquierda Fredegunda cubre disimuladamente la etiqueta de éter “para que las mariposas mueran sin sentir”.

—Qué extraño. No sólo no vuelve en sí, sino que parece más... como más desmayada que antes.

—Childerico, no te asustes. Cállate. Por favor. Necesito que me ayudes. Yo sé que me vas a ayudar. ¿Verdad? Porque he visto tus ojos cuando nos espías al vestirnos y desvestirnos. Me miras a mí.

¿Verdad? Tú lo sabes. A mí. ¿Dónde está el caballo?

Por primera vez Childerico aparta la mirada de la criatura exánime y mira a Fredegunda: sucia, con el largo arañazo punteándole la línea de la quijada, el maquillaje corrido por el sudor, y sin embargo, incorporado a su piel, a su alma, como los rasgos inequívocos de su índole más íntima, que ahora revela su secreto. “Fredegunda (parece repetir en el enano un eco desamparado de aquella primera vez en que la viera desnudarse para vestirse de reina), Fredegunda, me acuso. Era demasiado, es demasiado para mí, que me acuerdo de cuando naciste. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te propones?” En los ojos de la niña, más allá de las hierbas caleidoscópicas, brilla una determinación inhumana.

Te pregunté dónde está el caballo.

—¿Estás loca?

## IX

Años más tarde el enano tragafuegos Childerico recordará en el calabozo haberse arrodillado frente al caballo, hablándole en el tono arrebatado y secreto de las plegarias. Recordará también la minuciosidad con que ataron el cuerpo inanimado de Brunequilda al lomo, hecho sólo para los pies de las amazonas suicidas. Era más de lo que podía soportar. El enano, la tarde prematuramente encanecida y Venus lo sabían. El caballo se encabritó en un mar de crines espumosas. Sacudió la rosa de su frente y la que abrumaba su espina. Emprendió una carrera circular sometido al recuerdo de una pista invisible. Fueron diez, cien giros al círculo vicioso, cada uno hollando un nivel superior de la exasperación en espiral, cado uno cerrándose en sí mismo. Atado a glorias pretéritas, el caballo danzaba los pasos propiciatorios en espera de que la amazona saltara por el espacio y el tiempo. El eje del mundo, el movimiento planetario de rotación y traslación, la callada expansión del follaje nocturno y el pulso centrífugo de las constelaciones, participaban de ese movimiento roto, sin correspondencia posible con su causa y su ritual. Cuando el cadáver resbaló a pesar de las ligaduras bajo el puente de las patas, el caballo hizo añicos el círculo y salió disparado en línea recta hacia la estrella polar.

Una peluca ligeramente tangencial y teñida de rojo yacía en el punto de divergencia.

## X

(El hierro fue extraído prematuramente de las entrañas terrestres. Mineros sin escrúpulos, ¿no sabéis que el tiempo geológico lo habría convertido en oro al cumplirse su propia gestación? ¿No sabéis que si el Alquimista, el Minero Original nos madurara en el vientre cósmico, en vez de miserables hombres de plomo seríamos hombres de oro?)

Pero yo, el feto, el enano Childerico, la vi. Airada y sin piedad. La rosa ígnea. Y desposé sus cenizas.)